

LECTURA Eugenio Baroncelli propone en 'Doscientas sesenta y siete vidas en dos o tres gestos' un repertorio de fegonazos biográficos de grandes (y pequeñas) vidas

CUANDO MONTALE AMÓ A IRMA BRANDEIS

POR EUGENIO BARONCELLI

¿Existe una existencia más imprecisa que la del biógrafo?, se pregunta el autor, que aquí rescata el gran romance del 'nobel' italiano

racterísticas más salientes y rehuyen el paternalismo.

A modo de ejemplo destacado de una cierta forma de ser consecuente con esta actitud es el surgimiento de las novelas concebidas como aplicaciones para teléfono móvil, en las que los lectores/usuarios pueden explorar el mundo narrado y a menudo incidir en él: el exitoso escritor estadounidense Wally Lamb anunciaba a finales de 2015 que *I'll Take You There*, su nueva novela, sólo existiría como *book app*, y el británico Iain Pears veía en el mismo periodo cómo la aplicación para teléfonos móviles de su novela *Arcadia* era descargada 20.000 veces en poco tiempo, superando así las ventas de su edición física. Mientras la publicación de libros electrónicos "enriquecidos" con recursos audiovisuales languidece en casi todos los ámbitos excepto el de la literatura infantil, la multiplicación de las *book apps* y la adaptación de textos literarios clásicos a los nuevos formatos, incluyendo el videojuego, señalan una dirección posible en la evolución de las relaciones entre literatura y nuevas tecnologías, al tiempo que arrojan sombras inquietantes sobre nuestras visiones de lo que denominamos leer y de lo que llamamos autor y lector. En realidad, ¿podemos seguir llamando "leer" a una actividad que tiene tanto de lectura como de interpretación de imágenes y mapas, resolución de acertijos y visionado de fragmentos audiovisuales? ¿Quién es el autor en el caso de estas producciones que requieren inevitablemente el concurso de un escritor, pero también de diseñadores gráficos, programadores, productores de contenidos audiovisuales, etcétera?

¿Podemos seguir llamando "leer" a una actividad que tiene tanto de lectura como de interpretación de imágenes?

¿Qué queda de la literatura como expresión de una visión personal de las cosas en un contexto de producción colectiva e interacción con el lector? ¿Qué espacio queda para el riesgo y la renovación en literatura en proyectos que, por lo elevado de sus costos, deben rehuir ambas cosas?

Estas preguntas no son fáciles de responder, pero son inevitables. La función narrativa en Internet, la "literatura" que le es intrínseca y surgió con ella, posee unas características muy diferentes y debe ser buscada en otros sitios. ¿En cuáles? Una respuesta de carácter tentativo es que hay indicios de una nueva literatura en los arcos narrativos descritos por los videojuegos, el surgimiento y uso de abreviaturas (WTF, MILF, LOL, etcétera), los de formas breves y visuales de comunicación como los emoticonos (y la polémica en relación al abuso del "Me gusta" y la inexistencia de un botón de "No me gusta"), la proliferación en Twitter de *bots* programados específicamente para generar en el usuario la impresión de que está conversando con una persona real, la ampliación del mundo narrado en ciertas novelas mediante su proyección en Internet, las figuras de autor y de lector ensayadas en los perfiles públicos de los escritores y en sus blogs, los experimentos con el código del mexicano Eugenio Tisselli; los mediocres intentos de flirtear en Tinder, la red social que propicia encuentros sexuales entre sus usuarios; las máquinas en línea como el "generador de romances gitanos" de Federico García Lorca, el *net-art*, las empresas que el usuario de Facebook y Twitter puede contratar para que continúen alimentando sus cuentas con viejos textos y con nuevos textos generados de forma aleatoria una vez que el usuario haya muerto.

Este último caso puede parecer truculento, por supuesto; pero en su excepcionalidad pone de manifiesto preguntas interesantes. ¿Qué garantiza la permanencia de los textos en una época de desvanecimiento y obsolescencia programada? ¿Quién escribe, y por qué, y para quiénes?

Patricio Pron es escritor. Su última novela es *No derrames tus lágrimas por nadie que viva en estas calles* (Literatura Random House).



Irma Brandeis y Eugenio Montale.

A disastrously stupid meeting". Algunos amores empiezan así, con un encuentro absurdamente estúpido.

Llegada a Florencia desde Nueva York, donde nació en 1905 en una rica familia judía, enseñaba italiano en el Sarah Lawrence College, y fascinada por las breves páginas de *Huesos de sepia*, que un amigo le había recomendado leer en julio de 1933, corrió al Gabinete Vieusseux, que entonces dirigía Montale, y pidió verle.

El resultado, pese a todo, fue desastrosamente inteligente. El 2 de agosto, deslumbrado por aquellos ojos "de acero", él le escribió desde Londres, donde se encontraba de vacaciones con la Tanzi, para decirle que la echaba de menos "terriblemente". Una de las 154 cartas que le escribirá durante los casi 7 años de separación y los 30 días, o poco más, de contacto directo, y que son la medida de esta historia. (Las cartas de ella, robadas por una mano malintencionada o vengativa, se han perdido). El hecho es que aquella que el 7 de septiembre se embarca en el *Rex* para

volver a Nueva York es ya una mujer enamorada y correspondida.

Que él la llamase Clizia, como la ninfa que según el mito fue transformada en girasol, debía de halagarla. Que a menudo firmase con el nombre de Arsenio, el propietario de aquellos elocuentes oxímoron ("delirio de inmovilidad", "inmóvil caminar"), no la hizo sospechar: tenía 28 años y otras cosas en que pensar, por ejemplo, en la bañera del hotel Bristol de Génova, de la cual, como una Venus emergente de las aguas, salió enjabonada para ser abrazada por él, quien en más de una carta recordó luego ese momento.

Pero existía otra mujer. Desde hacía años Montale estaba con Drusilla Tanzi, arrebatada a su marido, el historiador de arte Matteo Marangoni. Gerti Frankl, la *tigré*, una experta en horóscopos, había bautizado a la Tanzi como la Mosca no sólo por empatía zoológica; durante ese tiempo aquel vínculo sumió a Montale en un estado de resoluta aceptación, como lo llamaría, precisamente, Arsenio. Cuando se enteró de la existencia de Irma, la Mosca no se lo tomó nada bien. Lloró, protestó y lloró, pero únicamente cuando llegó a interpretar una teatral amenaza de suicidio, él decidió revelar a Irma la "monstruosa" verdad (7 de febrero de 1935, carta desesperada). A juzgar por la única carta de ella que se conserva (porque finalmente no tuvo ánimo de enviarla), tampoco Irma se lo tomó muy bien: tacha a la otra de histérica y a él de despreciable, se queja de no tener elección, lanza también sus amenazas (hacer el amor con otro) y le informa de que su corazón ha decidido destruirla "con un ritmo desagradable, rápido y a flor de piel" (21 de febrero).

Se vieron una vez más en el verano de 1938, oscurecido por las amenazantes nubes de guerra. Ambos sabían que era la última. Él le había escrito y reescrito prometiéndole que se reunirían en América, pero ella no le creyó. Si al menos hubiese tenido valor, pensó, habría sido un cobarde perfecto. Lo despidió "para luego entrar en la oscuridad" y se fue a envejecer hasta allá de un insuperable océano, hasta que, cerca de los 80 años, en junio de 1981, recibió una nota en papel con membrete del Senado en la cual, con la trémula y casi ilegible caligrafía de una araña, un poco en italiano y otro en aquel inglés suyo permanentemente aproximado, le dijo así: "Irma, you are still my Goddess, my divinity. I prie for you, for me. Forgive my prose. ¿Cuándo, cómo nos volveremos a ver? Te abraza tu Montale".

Tres meses después murió. Ella tardó nueve años aún en seguirlo, ya sólo era un pedazo de Irma. Era la llamada Única Madre (Only Begetter, cuyo anagrama, por una fatal rotación de las letras, suena justamente Letter Gone By, esto es: carta perdida), a quien el poeta dedicó 'Las ocasiones', ese largo poema sobre la ausencia y la separación. Murió llevando "un manto alado", iluminada por un "radiante esplendor", inalcanzable y vacía como una diosa. O quizá no murió; ella, que en los pasados tiempos de agitación había interpretado siempre el papel de la ilesta triunfadora.

Doscientas sesenta y siete vidas en dos o tres gestos (Periferia), de Eugenio Baroncelli, llega mañana a las librerías con la traducción de Natalia Zarco. Precio: 19,90 euros.

